



Los pequeños bronce de Béatrice Escoffier

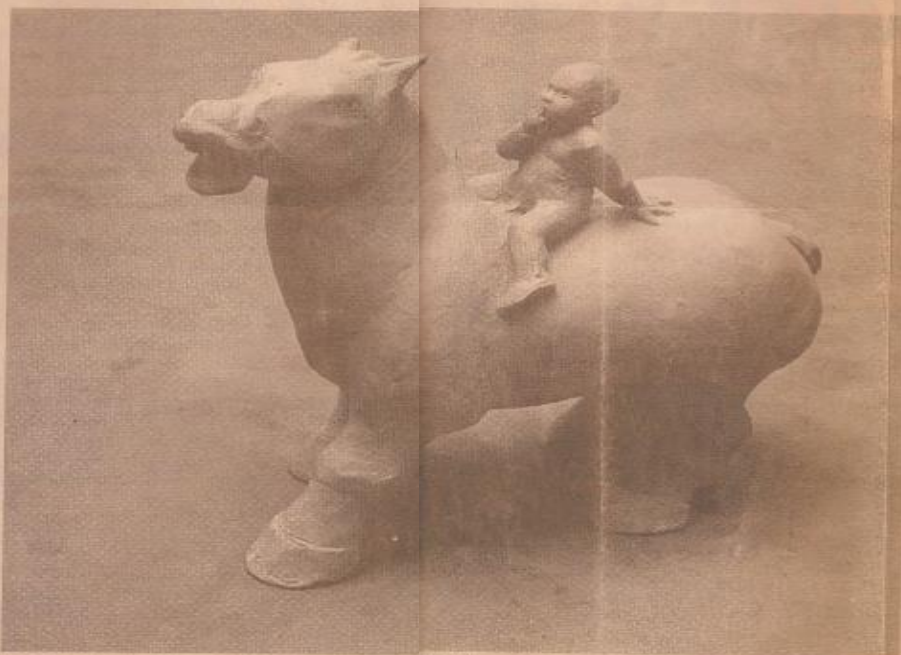
Sus piezas demuestran que la escultura figurativa aún tiene vigencia

Junto a la individual de la escultora, la galería Lyle O'Reitzel presenta una colectiva mixta en reposición

MARIANNE DE TOLENTINO
Santo Domingo

El arte contemporáneo dominicano, cuya suerte parecía debatirse en los concursos y los festivales internacionales, está ya situado en el mercado de galerías especializadas. Hoy en día, cinco salas, situadas entre los ensanches Naco y Piantini, se están especializando en obras de expresión joven, generación o estilos: Lyle O' Reitzel, Casa Jardin Ada Balcácer, Larrama, El Espacio, Paula Lama, por orden de aparición. Queda esperar que esos centros privados mantengan el compromiso anunciado y se muestren exigentes en la definición de las obras que promueven.

La galería de arte Lyle O'Reitzel, pionera en estas tendencias, titular de un pequeño y sólido grupo de artistas fieles (aunque no todos exclusivos), presenta actualmente una individual de la escultora Béatrice Escoffier y una colectiva de pintores donde



Las piezas de Escoffier enseñan la habilidad técnica de la expositora y su pericia en el modelado.

predominan trabajos ya expuestos anteriormente.

Una muy buena escultora

Béatrice Escoffier es una muy buena escultora, con alta formación académica, francesa de nacimiento, casada con el pintor dominicano José García Corde-

ro. Por su condición de madre joven, durante años ha postergado su profesión pese a que nunca dejó de esculpir y participar en eventos colectivos.

Esta muestra personal, que alterna piezas nuevas y algunas del periodo anterior, significa un retorno y permite anhelar que

exponga periódicamente en Santo Domingo. Bien necesita nuestra escultura, limitada y frecuentemente reiterativa, de aportes a la vez externos y familiares, como el de Beatrice Escoffier.

La museografía ha concentrado las obras escultóricas en dos áreas de la galería, probablemente

de a causa de sus formatos. Los pequeños bronce equinos -en su mayoría- parecen una caballería en marcha y, no obstante, hubieran ganado en valoración individual colocados a una mayor distancia unos de otros.

Una primera observación surge cuando contemplamos jinetes y bestias. A pesar de sus tamaños, evocan la monumentalidad, y a escala heroica en un espacio público tendrán un real impacto. La razón fundamental es que Béatrice domina la difícil anatomía del caballo, sobre todo en la figuración tridimensional, una calidad extremadamente escasa en la actualidad.

Esa calidad ejemplar podría volverse realismo puro y simple, pero, justamente, la maestría de la morfología y del volumen permite que la artista deforme y reconforme los cuerpos, cuyas siluetas macizas exhalan enorme fuerza y energía.

Se siente además que ha observado sus modelos en la naturaleza. Recordamos así las corpulencias del "percheron" típicamente francés y del diminuto caballo chino. Además el mejor amigo del hombre, aquí "sonriente" según algunos títulos, posee así una voluntaria relevancia expresiva, una facultad protectora para los niños que lo montan. La representación ecuestre -pues hay una preponderancia casi mítica del animal- aloja su vigor, su poderío en el espacio. Inconteniblemente, pensamos en otra escala.

Los bronce de Béatrice Escoffier, vaciados según la tradición de la cera perdida, con una patina impecable, también instrumentan la figura humana sola, o en fila, devolviéndonos a la materia de Rodin y, si emprendemos el túnel del tiempo, a la estatuaría mediterránea antigua. Una escultura en resina, varios rostros de barro ahuecados como macetas, enseñan la habilidad técnica de la expositora y su pericia en el modelado.

Dimensiones, proporciones y superficies sugieren a través de esas piezas convivientes, una es-

cultura/objeto, que se disfruta sensorial y espiritualmente.

La exposición colectiva

La muestra colectiva que acompaña la exposición de Béatrice Escoffier cobra una importancia especial tal que no la podemos ignorar. En colectivas anteriores, los cuadros expuestos se presentaban por primera vez, como un principio de la galería. Ahora las obras nuevas se mezclan con otras, que son casi clásicos de la sala. Artistas extranjeros fraternizan con los de aquí. Los dominicanos exclusivos de la galería, salvo excepción, tienen una representación generosa. El propio Lyle es el curador que personalmente elige a los expositores y distribuye las obras sobre los paneles.

Si no fuera porque estamos familiarizados con el cuadro, reproducido en afiche para promocionar una pieza de teatro, la gran y extravagante pintura de Raquel Palewosky, colocada en la vitrina, causa conmoción y no corresponde a lo que vemos en el interior; sobre todo a las esculturas de Béatrice Escoffier. Tampoco la vasta y abigarrada pieza de Marcelo Aguirre, importantísimo pintor ecuatoriano, titular del cotizado premio Marca, encaja en este conjunto.

Las pinturas de José García Cordero, en particular un flamante paisaje y un bodegón inconfundible en su autoría, sin olvidar las autocaricaturas, constituyen el soporte de la colectiva, y hubieran bastado a modo de dúo pictórico, siendo un excelente contrapunto de las esculturas, aparte de los lazos familiares.

Ahora bien, entre los demás dibujos y pinturas, descubrimos una magnífica tela de José Rincón Mora, y siempre agrada volver a admirar la magia, poética y humorística de Edouard Duval-Carré o la virtuosidad dibujística de Ramón Oviado.

No cabe duda de que Lyle O'Reitzel Arte Contemporáneo cree en un arte contemporáneo del Caribe y Latinoamérica.